

# Presentación

El ideal ha jugado siempre un papel fundamental en la vida humana bajo representaciones míticas, religiosas, filosóficas. El reino mesiánico de Isaías, la república de Platón, la Jerusalén celeste del Apocalipsis, la utopía de Tomás Moro, el paraíso comunista son cristalizaciones de la apertura del hombre hacia un futuro imaginado o proyectado, deseable, que supera todos los límites que atormentan a la vida humana.

Alguien, en la década de los años sesenta, no dudó en proclamar esta consigna paradójica: «Sed razonables, pedid lo imposible». Paradoja que contiene una profunda verdad. La apertura del espíritu humano no tiene límites, aunque las realizaciones humanas no pueden ser más que limitadas. Si los ideales mueren, si las utopías se marchitan, las personas, las instituciones humanas se convierten en pájaros con sus alas quebradas que dejan de volar.

Toca sin duda a los filósofos, especialmente en este momento de la historia, buscar razones para esperar, sugerir proyectos críticos de lo que tenemos e impulsores de un futuro mejor, abrir y no cerrar horizontes, aumentar, en definitiva, el caudal utópico de nuestra cultura.

Nietzsche tuvo un acierto genial: «Cuando se tiene en la vida un porqué, se vive sin dificultad el cómo». Los ideales, las utopías nos ayudan a superar las dificultades del camino de nuestra vida.

Pero nos sale al paso una objeción. ¿No vivimos en plena crisis de las utopías, porque sus impulsos parecen haber conducido al fracaso, a dictaduras totalitarias o a la acumulación de horrores (campos de concentración, genocidios...)? ¿No parece actualmente el universo de las utopías una esfera negra y vacía?

Eso no significa que el hombre actual tenga que renunciar a la utopía, es decir, dejar de ser, en cierto sentido, hombre. La crisis de ciertas utopías no implica una crisis del hombre. Renunciar al ideal, a la utopía, sin embargo, supondría una amputación o taponamiento de lo que es el hombre en su realidad más auténtica y profunda. Un pragmatismo alicorto deja un hueco abismal de desesperanza en lo más íntimo del hombre.

Nuestras utopías deben ser ante todo de corte ético-estético: aspirar a un mundo en que cada persona ponga lo mejor de sí misma al servicio de las otras personas y reciba lo mejor de éstas. Hay que rechazar las utopías que consisten en situaciones impersonales o en ideas abstractas a las que se sacrifican las personas.

En este número de Diálogo Filosófico, dentro de esa perspectiva, proclamamos el derecho a la utopía, al ideal, secular y trascendente, pues sólo lo inalcanzable es necesario. Más allá de las técnicas y de las planificaciones realistas, solicitamos el derecho a la apertura a una esperanza sin límites.

La historia no ha terminado. Dondequiera que existe un hombre, una persona humana, hay un surco abierto de posibilidades de bondad y de belleza cada vez más ricas y perfectas.